

LA CARIDAD ES LA VIA MAESTRA DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Juan Pablo García Maestro, OSST
Instituto Superior de Pastoral y San Pío X (UPSA-Madrid)

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) es un tema fundamental a la hora de explicar el contenido de la Palabra de Dios como Buena Noticia para los pobres. Pero existe un claro desconocimiento de ella por parte de muchos cristianos incluido sacerdotes. Posiblemente la ignorancia de la centralidad de los pobres en el Evangelio y la DSI explique la falta de sensibilidad social en muchas comunidades cristianas y sus sacerdotes y sea la causa de que la acción caritativa no vaya más allá de la ayuda benéfica y asistencial a los pobres¹.

Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in veritate*² afirma que “*la caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia. Todas las responsabilidades y compromisos trazados por esta doctrina provienen de la caridad que, según la enseñanza de Jesús, es la síntesis de toda la Ley (cf. Mt 22, 36-40). Ella da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es solo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas. Para la Iglesia –aleccionada por el Evangelio–, la caridad es todo porque, como enseña San Juan (cf. 1 Jn 4, 8.16) y como he recordado en mi encíclica “Dios es caridad (Deus caritas est): todo proviene de la caridad de Dios, todo adquiere forma por ella, y a ella tiende todo. La caridad es el don más grande que Dios ha dado a los hombres, es su promesa y nuestra esperanza”*³.

1. Naturaleza de la DSI

Podemos definir la DSI como el conjunto de principios, criterios y directrices de acción que el Magisterio de la Iglesia, a la luz del Evangelio, enseña para la reforma de la sociedad y de los hombres de acuerdo con la caridad cristiana y la justicia.

Para Juan Pablo II, “la enseñanza social de la Iglesia nació del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias con los problemas que surgen en la vida de la sociedad.

La historia ayuda a la misma Iglesia a conocer y descubrir mejor la revelación, y todo ello porque la Iglesia camina con la historia. Desde la historia ha descubierto el valor de la dignidad de la persona, pero a su vez lo descubre en el mismo evangelio puesto que Jesús afirma y proclama una esencial igualdad en dignidad de todos los seres humanos, hombres y mujeres, cualquiera que sea su etnia, nación, cultura, pertenencia política o condición social.

Para Juan Pablo II “la nueva evangelización debe incluir entre sus elementos esenciales

1 F. Ezcurra, *Educación en la caridad y la justicia*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 2002.

2 Ediciones Palabra, Madrid 2009

3 *Ibid.*, nº 2, p. 4.

el anuncio de la Doctrina social de la Iglesia”.

Pablo VI en la *Octogesima Adveniens* n° 42 señala con mucha precisión que el magisterio social de la Iglesia es un servicio a la causa de los pobres. Sólo entrando dentro de esta dinámica de servicio expresada por la opción por los pobres, podemos entender adecuadamente la doctrina social de la Iglesia. Y creo que este criterio hermenéutico es la aportación más importante de la Teología latinoamericana de la Liberación a la doctrina social de la Iglesia⁴.

2. La fundamentación bíblica de la DSI

Desde los escritos del exegeta alemán Gehard von Rad sostenemos que **la historia** es el lugar en el que Dios revela el misterio de su persona. De ahí que la lectura de la Biblia a parte de ser cristológica, será también histórica, pues Dios se revela en la historia del pueblo que creyó y esperó en él. *Pero se trata de una historia real, atravesada por conflictos y enfrentamientos.*

Añadimos además siguiendo los estudios del teólogo alemán Wolfhart Pannenberg que la revelación de Dios mismo, según los testimonios bíblicos, no se hizo directamente como una *teofanía*, sino indirectamente por actos históricos de Dios. Pero no es suficiente con afirmar que Dios se manifiesta en la historia, sino también que la orienta en el sentido del establecimiento de la “*justicia y del derecho*”. A parte de ser un Dios providente, es un Dios que toma partido por el pobre y que lo libera de la esclavitud y de la opresión⁵.

- * Si esta es la forma como Dios se revela a la humanidad: ¿cómo ha de ser la respuesta por parte de los seres humanos?
- * La respuesta, a la que llamamos **fe**, no será sólo teórica, sino que el conocer al Dios de Jesucristo es obrar la justicia. El verbo conocer en la Biblia significa amar. Ya en el Primer Testamento existe una estrecha relación entre Dios y el prójimo. Despreciar al prójimo, explotar al jornalero humilde y pobre, no pagar el salario a tiempo es ofender a Dios (cfr. Prov 14, 21; Dt 24, 14-15; Ex 22, 21-23).

“Quien se burla de un pobre, ultraja a su Hacedor” (Prov 17, 5).

Donde hay justicia y derecho hay encuentro de Dios, cuando esto falta éste está ausente (cfr. Jer 22, 13-16; Os 4, 1-2).

☞ En síntesis sostenemos que *la relación Dios y el pobre es el corazón de la fe bíblica*. En ella se hallan irremediabilmente enlazadas las *dos dimensiones* permanentes de la fe: la contemplativa y la histórica, la mística y la política.

La *dimensión mística y contemplativa* apuntan al abandono y a la entrega a Dios, que

4 R. Antoncich, “Teología de la liberación y doctrina social de la Iglesia” en: I. Ellacuría y J. Sobrino (Eds), *Mysterium Liberationis*, Tomo I, Trotta, Madrid 1990, pp. 145-168, aquí p. 155.

5 Envío a mis trabajos: “¿Qué queda de la teología de la liberación? Balance y perspectivas”, en “*Trinitarium*” 15 (2006), 77-79; *Pensar a Dios desde el reverso de la historia. El legado teológico de Gustavo Gutiérrez*, Acción Cultural Cristiana, Salamanca 2005.

en el lenguaje de la espiritualidad cristiana se **denomina** como **pobreza o infancia espiritual**. Es en definitiva la respuesta más auténticamente cristiana a la revelación del Dios de Jesucristo. Lo contrario a esto sería la *idolatría*, es decir el abandono en falsos dioses. El mayor problema en la Biblia no es el ateísmo, sino la idolatría. En esta línea afirmaba con agudeza un campesino boliviano en la *III Asamblea Episcopal celebrada en Puebla (México)* que “un ateo, es el que no practica la justicia para con el pobre”⁶.

La **dimensión mística** apunta también al concepto de **gratuidad**, pues esta atraviesa toda la Biblia. Esto es lo que experimentó Job al final de su experiencia, que no son nuestros méritos lo que nos hace queridos ante Dios, sino que Él nos ama gratuitamente.

Sin embargo hay que matizar que la dimensión histórica y política (la acción) señala que no se puede aislar las exigencias que conlleva la gratuidad. Si Dios se revela en la historia y la orienta estableciendo **la justicia y el derecho**, liberando a su pueblo de la esclavitud y de la opresión, la respuesta incondicional del hombre a Dios (**por la fe**) ha de ser también estableciendo el derecho y la justicia. Con el teólogo José María Ruiz diremos que “Dios es gratuito, pero no superfluo”. Y con el teólogo Gustavo Gutiérrez diremos que no hay nada más exigente que la gratuidad. **La fe entonces es esta apertura a las exigencias de la gratuidad, y no sólo una mera adhesión intelectual o teórica.**

♦ De todo lo dicho llegamos a esta importante conclusión acerca de la teología de la revelación y de la fe:

“todo aquel que ha captado la gratuidad de Dios le llevará a un compromiso y solidaridad con los más pobres de nuestro mundo”.

En esta línea señala *con* acierto el teólogo Gustavo Gutiérrez que existen **dos lenguajes** en nuestro creer y hablar de Dios: uno el **contemplativo** y el otro el **profético**. El contemplativo que nos lleva a comprender y proclamar que la gratuidad está por encima de la justicia, y que todo viene de Dios (es lo que *experimentó* Job). Y el **lenguaje profético** que nos lleva a comprometernos con los más pobres y a no callar ante las injusticias. *“Sin la profecía, el lenguaje de la contemplación corre el peligro de no tener mordiente sobre una historia en la que Dios actúa y donde lo encontramos. Sin la dimensión mística, el lenguaje profético puede estrechar sus miras y debilitar la percepción de Aquel que todo lo hace nuevo”.*

¿Cómo vivió Jesús esas dos dimensiones?

Para comprender a Jesús hay que acentuar aquello que **fue lo último** para él. Jesús no se presenta predicándose a sí mismo, pero ni siquiera tan sólo a Dios sino el **“reino de Dios”**. Así aparece en los sumarios programáticos de Mc y Mt al comienzo de su vida pública: “Marchó a Galilea y procamaba la buena noticia de Dios: ‘*El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca*’ (Mc 1, 14s; Mt 14, 17).

A su vez los evangelios dan muestra de una relación de Jesús con Dios mencionando

6 Citado por Gutiérrez, *La fuerza histórica de los pobres*, Sígueme, Salamanca 1982, p.186.

su *oración*. Toda su vida va acompañada de la oración a Dios Padre. En el bautismo, momento en que toma conciencia de su misión, Jesús es puesto en oración (Lc 3, 21); Jesús muere en la cruz con una oración (Lc 23, 46), diversamente interpretada como oración de angustia o de esperanza pero dirigiéndose una vez más a Dios. A lo largo de su vida se dice que Jesús se retiraba a orar, a veces en situaciones concretas importantes. Esto nos lleva a comprender la entrega incondicional de Jesús al proyecto del Padre. Esta entrega le llevó a su vez a *un proyecto* de vida que consistía en *vivir para los demás*. Con su vida demostró que para Dios, el ser humano es más importante que todas las cosas (Mt 6, 26). La persona es más decisiva que el culto (Lc 10, 30-37) y el sacrificio (Mt 5, 23); absolutamente superior al sábado (Mc 2, 23-26).

Debido a esta forma de actuar a favor de la vida, por su defensa en favor los pobres, y por su visión de Dios, entró pronto en conflicto con los detentadores de cualquier tipo de poder. Al final su forma de relacionarse con Dios, el proyecto del Reino y su estar a favor de la vida y de los pobres le costó la cruz. En este sentido Jesús muere porque lo matan, *porque Dios acepta hasta el final la encarnación como lugar del amor y de su credibilidad*. Pero la dimensión profética llega a su mayor sentido en la resurrección del Hijo, que viene a significar que la última palabra de la historia es la vida.

Desde la vida de Jesús y de tantos otros mártires podemos afirmar *que la gratuidad de Dios exige un clima de eficacia*. Ya afirmaba el mártir Monseñor Romero: *“El mundo de los pobres nos enseña cómo ha de ser el amor cristiano que debe ser ciertamente gratuito pero debe buscar la eficacia histórica”*.

3. Aportaciones de los Santos Padres a la DSI

En los primeros siglos del cristianismo los Padres de la Iglesia hacen algunas aportaciones importantes, que siguen siendo válidas en el momento actual.

Una de las aportaciones más originales está en relación con el tema *de la riqueza* desde un enfoque moral. Afirma san Basilio Magno: “Si cada uno tomara lo que cubre su necesidad y dejara lo superfluo para los necesitados, nadie sería rico, pero nadie sería tampoco pobre”⁷. Y en esta misma línea decía san Ambrosio: “Aprendan a buscar la riqueza de las buenas obras y a ser ricos en buenas costumbres. La hermosura de las riquezas no consiste en estar guardadas en las arcas de los ricos, sino en emplearlas en alimentar a los pobres. Donde más brillan es en los enfermos y necesitados”⁸.

Otro tema es el *del trabajo*. Este permite al ser humano ejercer el señorío sobre lo creado, desarrollar sus capacidades, colaborar en la mejora del mundo y crear la riqueza que le permite satisfacer sus necesidades y ayudar a otros. En esta línea afirma san Gregorio de Nisa en su comentario al Padre nuestro: *“Sólo puedes pensar que ha sido oída la oración si tu opulencia no es a costa de los bienes ajenos, si tus rentas no proceden de lágrimas, si al hartarte no hubo de gemir nadie. El pan de Dios es, sobre todo, el fruto de*

⁷ Homilía *Destrum horrea mea*, MG 31, 261-267, p. 117.

⁸ Ambrosio de Milán, *Epístola 2, nn. 11.15. 26*, ML 16, 919, 921, 924, p. 418.

la justicia, la espiga de la paz, sin mezcla ni mancha de las semillas de cizaña. Mas, si cultivando campos ajenos y llevando la iniquidad en tus ojos, y reforzando con escrituras de posesión injusta, aún te atreves a decir a Dios: “Dame pan”, otro será el que oiga tu voz, no Dios”⁹.

Finalmente nos queremos detener en la cuestión del **destino universal de los bienes, propiedad y necesidad**. Muchas personas, pueblos enteros y zonas geográficas viven en una situación de necesidad permanente respecto de las necesidades más básicas y elementales. En este contexto, pasado y actual, siguen siendo válidas las orientaciones que dan los santos Padres cuando recuerdan los principios que deben guiar la actuación del cristiano en el contexto sociopolítico que viven. La realización del destino universal de los bienes depende, en gran medida, de la función social de la propiedad y de su relación con la necesidad; necesitamos un cambio de mentalidad y de actitud. Hay que empezar definiendo las necesidades vitales, las culturales y las sociopolíticas; si todos los seres humanos tienen derecho a cubrir adecuadamente estas necesidades, la propiedad de los bienes necesariamente será limitada y se justificará en el uso que de ella se haga, pues su orientación fundamental está en la realización de todo hombre y de todos los hombres. Sabemos que la realización personal empieza por la satisfacción de las necesidades básicas (San Basilio, Juan Crisóstomo, san Agustín, Cipriano de Cartago). La conexión entre fe, Eucaristía y compromiso con los pobres es constante en los Santos Padres; a modo de ejemplo veamos el siguiente texto de Juan Crisóstomo:

“¿Honráis el Cuerpo de Cristo? De acuerdo, no toleréis que esté desnudo después de haberle honrado con vestido de seda. No permitáis que fuera de los muros de la Iglesia muera de frío por su desnudez... Quien ha dicho “esto es mi Cuerpo”, ha dicho también “tuve hambre y me disteis de comer; lo que no habéis hecho con uno de estos pequeñuelos, tampoco lo habéis hecho conmigo”. El cuerpo de Cristo que está sobre el altar no tiene necesidad de manteles, sino de “almas limpias”, y el que está fuera de los muros de la Iglesia tiene necesidad de muchos cuidados. El culto más agradable que podemos ofrecer a Aquel que queremos venerar es aquel que Él quiere, no el que pensamos nosotros” (Homilía 36).

4. Fundamento teológico de la DSI

Durante muchos años, la DSI fue considerada en la misma Iglesia prácticamente al margen de la teología, sin relevancia alguna en la enseñanza de la misma; por eso aparece tan escasamente, aun ahora, en la predicación y en la catequesis.

El beato Juan XXIII ya afirmó en la *Mater et Magistra* (1961) que la DSI forma parte integrante de la visión cristiana de la vida (nº 222). Pero es Juan Pablo II quien ha dado un gran impulso a la DSI. Muchos que alaban a Juan Pablo II, sin embargo no resaltan mucho este aspecto de su vida, es decir de la importancia que dio este papa a esta disciplina teológica.

En la encíclica *Sollicitudo rei socialis* (SRS) (1987) dice que “la enseñanza y la difusión de la DSI forma parte de la misión evangelizadora” (n. 41) y en la *Centesimus*

⁹ Gregorio de Nisa, *Sobre el Padre Nuestro*, Discurso IV: MG 44, 1172, p. 183.

annus (1991) vuelve a insistir en que “para la Iglesia, enseñar y difundir la DSI pertenece a su misión evangelizadora, forma parte esencial de su mensaje cristiano” (nº 5).

Para Juan Pablo II, la DSI es una parte de la teología, porque para conocer al hombre de hoy, hay que conocer a Dios; anunciar la salvación enriquece la dignidad del hombre” (*Centesimus annus* 55).

La DSI da sentido teológico y práctico nuestra confesión “Creo en Dios Padre”, y da sentido al Dios revelado en Jesús de Nazaret.

Desde la fe en un Dios Padre se llega necesariamente a la DSI. Si Dios es Padre, los hombres, todos los hombres, somos hijos de Dios. Creer que somos hijos de Dios y no amar al otro como exigencia de esa fe es negar con la vida la fe en Dios Padre.

Cuando se hace caridad sin reconocer la dignidad y los derechos fundamentales de la persona, esa caridad es falsa y rechazable. Porque la raíz y fundamento de la verdadera justicia son los derechos de la persona.

Y otro punto central que tiene que insistir la teología a la hora de valorar la DSI es que “nunca los derechos de todos se defienden individualmente. Es necesario crear una situación legal, social, que haga posible la realización de los mismos. La ayuda individual es buena y necesaria, pero por sí sola no es suficiente para que quienes padecen condiciones sociales injustas puedan salir de la injusticia”¹⁰.

¿Dónde encontramos los principios, los criterios y los valores para llevar a la práctica estas exigencias ineludibles de la fe?

Creo que la DSI es un instrumento necesario para orientar la conciencia y la vida de los cristianos; en ella puede ayudar a los creyentes en la construcción de una sociedad más justa y comprometida en la liberación de los hombres. En definitiva, la edificación del Reino de Dios, que es la misión de la Iglesia.

5. ¿Cuál ha de ser la postura de la DSI ante el neoliberalismo?

Ante el hecho de la pobreza ¿podemos eludir el tema del neoliberalismo? Juan Pablo II, en repetidas ocasiones, ha hablado de “los mecanismos y estructuras de pecado” (SRS 16). Bajos estos mecanismos, sustentándolos, legitimándolos, está la ideología neoliberal.

¿Puede eludir aquel que se hace llamar cristiano las causas que provocan tanta miseria e injusticia en el mundo? ¿Pueden los cristianos asumir como buenos los principios de propio neoliberalismo?

¿Qué es Liberalismo? Es la ideología que defiende la libertad individual en todos los sectores: político, filosófico y económico. El liberalismo económico defiende la libertad sin cortapisas del individuo en la actividad económica. ¿Hemos sido críticos con esta ideología? ¿No es verdad que católicos pudientes han sido fervorosos defensores del liberalismo?

Desde mi punto de vista estos son los principios que rigen esta ideología basada en una economía capitalista:

- a) *Separación entre actividad económica y moral.* Que se rige bajo el lema “los negocios son lo negocios”.

10 F. Ezcurra, *o.c.*, p. 201.

- b) *Libertad del individuo.* La primera ley de este orden económico es la libertad del individuo, pues nadie mira mejor por sí mismo que cada uno. Esta libertad se concreta en el “*dejar hacer, dejar pasar*”.
- c) *El mercado libre.* La libertad económica se concreta en una institución sagrada, “el mercado”: el mercado libre de dinero, bienes y personas. La marxista Rosa de Luxemburgo acertó a plasmar esta ideología en una frase famosa: “***La situación del zorro libre en un gallinero libre***”¹¹.

¿Puede el Estado dejar el mercado libre sin un control? ¿No ha producido el capitalismo un cúmulo de miserias?

Al respecto escribía León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*:

“*Un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha puesto el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios*” (nº 1).

Con la caída el Muro de Berlín (9 de noviembre de 1989), al derrumbarse el comunismo en Europa, deja el campo libre a un solo competidor, el neoliberalismo. Algunos definen el neoliberalismo como “una concepción radical del capitalismo que tiende a absolutizar el mercado hasta convertirlo en el medio, el método y el fin de todo comportamiento humano inteligente y racional” (Documento de los Provinciales Jesuitas de A. Latina de 1997).

El ideal del neoliberalismo es la libertad total de la economía, sin injerencias de los Estados; es decir, campo libre a los más poderosos.

El neoliberalismo defiende la libertad de mercado como el único camino para el desarrollo y la primacía del crecimiento económico. Se pretende la privatización de lo público y se ensalza la responsabilidad individual, se fomenta la sustitución de la seguridad pública por los planes de pensiones privadas.

¿Puede defender la teología y los teólogos esta ideología neoliberal? ¿Esta ideología defiende la dignidad y la libertad de la persona? ¿Por qué debemos ser críticos con esta ideología?

Porque en su intrínseco dinamismo el neoliberalismo nos lleva a la insolidaridad y a la lucha por triunfar a través del dominio de algo que parece tan nuestro como el mercado. No se puede confiar la solución al libre desarrollo de las fuerzas del mercado; es necesario un poder legislativo que lo encauce hacia el desarrollo integral del hombre. Evidentemente que el liberalismo defiende al “zorro libre en el gallinero libre” (Rosa de Luxemburgo). Pienso que el neoliberalismo es un sistema económico antihumano, anticristiano, incapaz de fomentar relaciones solidarias y fraternas entre los seres humanos.

Las consecuencias están a la vista: enriquecimiento de los menos y empobrecimiento de los más. En este sentido el famoso sociólogo Hourtat dice que si se gravaran con el 4% las 250 mayores fortunas del mundo, el hambre podría desaparecer en diez años. Entre 1989 y 1996, el número de multinacionales en el mundo pasó de 57 a 447. Y sabemos además que el 80% de la humanidad vive en condiciones indignas.

Esta trágica situación es el fruto del sistema que defiende el neoliberalismo.

6. El trabajo en la DSI

¹¹ *Ibid.*, p. 206.

¿Cuál es la utopía cristiana sobre el trabajo? ¿No es la colaboración en la creación de Dios? ¿No es el trabajo la realidad humana sobre la que se han volcado los mayores abusos de la humanidad?

Por honradez, debemos reconocer que, mientras los cristianos seguíamos enseñando que el trabajo era castigo de Dios por el pecado, Carlos Marx, con mayor realismo y profundidad, denunciaba la explotación del trabajador y defendía que el hombre se realiza o desrealiza por el trabajo.

La primera dimensión del hombre que se ha de proteger y promocionar para la realización de los otros derechos fundamentales es el trabajo, pues, como dice Juan Pablo II en su encíclica *Laborem exercens* (1981): ***“El trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra”*** (LE, nº 4).

¿Cuáles son las consecuencias morales del trabajo?

En la lectura del Génesis encuentra Juan Pablo II el fundamento teológico del trabajo. Dios crea al hombre a su imagen, y en ese ser imagen de Dios radica la grandeza del trabajo. De nuevo en el nº 4 de la LE afirma:

“El hombre es la imagen de Dios, entre otros motivos, por el mandato recibido de su Creador de someter y dominar la tierra. En la realización de este mandato, el hombre, todo ser humano, refleja la acción misma del Creador del universo”.

Dios inicia la obra creada y el hombre, por el trabajo, la continúa: trabajar es concrear. Al mismo tiempo, el trabajo es fuente de realización personal: el hombre se va haciendo hombre por el trabajo (LE 9). Pero para que el trabajo se vaya humanizando, este debe ser realizado en condiciones humanas: retribución, sanidad, horario etc...; de lo contrario, se vuelve contra el mismo hombre, le deshumaniza¹².

¿Cuál es la dimensión objetiva y subjetiva del trabajo?

La dimensión objetiva es la que tiene en cuenta, sobre todo, la actividad humana dedicada a la producción de bienes y servicios. De hecho, se atiende más a los objetivos que el sujeto que los produce. Hasta parece normal que al trabajador se le considere socialmente y se le retribuya casi exclusivamente en función del bien que produce o del servicio que presta, no en función de la persona.

Pero Juan Pablo II en su encíclica sobre el trabajo se centra sobre todo en la dimensión subjetiva, es decir, en el hombre que, como persona, es el sujeto del trabajo.

Esto quiere decir que “el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre” (LE 6). Esto quiere dar a entender que la consideración personal (la dignidad del hombre que trabaja) debe tenerse en cuenta siempre antes que el carácter económico y social.

La triste realidad es que hoy nos detenemos en la dimensión objetiva del trabajo, pero creo que el cristiano debe reclamar más el aspecto subjetivo, es decir, la persona.

Por eso Juan Pablo II en el nº 6 de la LE afirma:

“Las fuentes de la dignidad del trabajo deben basarse principalmente no en su dimensión objetiva, sino subjetiva”.

En la mayor parte de los casos, el trabajo es considerado casi exclusivamente un medio para subsistir (ej. el triste drama que viven muchos emigrantes). Y creemos que el

¹² *Ibid.*, p. 213.

trabajo es mucho más. Al respecto afirma Juan Pablo II:

“El trabajo es un bien del hombre – es un bien de la humanidad- porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza, adaptándola a las necesidades, sino que se realiza, así mismo como hombre, es más, en cierto sentido se hace más hombre” (LE 9).